

CAPITALISMO Y UTOPIA

Niklas Luhmann

Traducción: Javier Torres Nafarrate

Resumen

A partir de estos conceptos: capitalismo y utopía, dos nociones que provienen –aparentemente–, de contextos o tradiciones intelectuales diferentes, Luhmann expone cómo en el sistema societal moderno es posible encontrar el punto de confluencia de ambas nociones, cuya complejidad ha corrido en el sentido de su creciente diferenciación en subsistemas autorreferentes y autopoiéticos, –como el económico y el político–, a través de la teoría sociológica de la diferenciación sistémico-funcional.

Aunque para el análisis de los problemas estructurales del capitalismo, del que asegura que se está al término de otra de sus etapas, concluye que estas nociones, ya no son suficientes para aprehender los problemas de la sociedad moderna.

Abstract

Starting from these concepts, capitalism and utopia, two notions apparently stem from different intellectual contexts or traditions Luhmann expounds how it is possible to find in the modern social system a point of confluency point of both notions, whose runs in the of its increasing differentiation in self-referring and autopoietics subsystems –such political and economical– through of the sociological theory of the sistemc-functional differentiation.

Although from the analisis of the structural problems of capitalism, of which affirms it is assured isat end another of its stages concludes that these notions, are not enough sufficient to understand the problems of modern society.

Se puede dudar acerca de si los dos conceptos que encabezan este artículo deban ser expuestos bajo la cobertura de un solo tema. A primera vista se trata de dos nociones que provienen de distintos contextos tanto en lo histórico como en lo material. Se habla de utopía desde los inicios del siglo XVI en referencia a una publicación muy significativa: *La Utopía* de Tomas Moro (1516). La expresión “capitalismo” surge hasta la segunda mitad del siglo XIX. Por más que sorprenda, Marx no usó ese término, sino sólo aquel de modo de producción capitalista. Tomas Moro con su utopía reacciona, en lo fundamental, en contra del sistema de patronazgo de la corte y de la

administración nobiliaria de su tiempo. Por tanto contra un orden social que intentó compensar las disposiciones organizativas y de administración, que todavía no surgían con plenitud, mediante las relaciones patrón/cliente. La crítica del capitalismo, por el contrario, se dirigió, en lo sustancial, en contra de la organización, operante sí, pero explotadora del trabajo fabril. La carrera semántica de la palabra utopía ha transcurrido a partir de ser un título de un libro, hasta llegar a convertirse en la descripción de la historia de la especie humana. En el sentido original las utopías se escriben; el capitalismo, en cambio, si se le entiende en sentido amplio, es la designación de una época universal e histórica. La utopía, en el contexto de su publicación primigenia, se presenta conscientemente como paradoja: la descripción de un lugar que no puede encontrarse en ninguna parte. Por capitalismo, no obstante, se entiende la descripción de una realidad que experimenta oposición de clases y contradicciones estructurales y que, justo por eso, es inestable: de aquí su fin inminente. Esta descripción podría ser tomada como ideología, pero nunca en calidad de paradoja; al menos en el sentido de lo que ésta significó para la retórica del renacimiento: el arte de sacudir el pensamiento contra las opiniones normales aceptadas.

En el transcurso del tiempo, la forma literaria de la utopía ha ampliado sus posibilidades¹ gracias a la modalidad de las utopías temporales, es decir, utopías del futuro;² y sobre todo, a partir de que no sólo se pueden formular utopías positivas, sino también negativas. También en la discusión sobre el capitalismo se registran cambios. Estos son, sin embargo, fruto de las modas surgidas en la ciencia económica, de las variantes que ha introducido el Estado Benefactor, y de la constatación de que el final del capitalismo no ha sucedido; y que cuando acontezca, quizás no será bajo la forma de un final feliz, sino el de una catástrofe. Tampoco debe olvidarse que los habitantes de la Isla Utopía habrían logrado resolver el problema de la economía una vez que hubiesen eliminado el dinero. De la experiencia del capitalismo, no obstante, se tiene la conciencia de que esto no es posible y ni siquiera recomendable. Los teóricos burgueses y junto a ellos Marx, no dudaron acerca de que el capitalismo, en comparación con el orden feudal

¹ Para los primeros tiempos de la utopía ver a Michael Winter, *Compendium Utopiarum. Typologie und Bibliographie literarischer Utopien*. Stuttgart: Metzler 1978.

² El primer caso de este tipo de descripciones lo realizó Louis Sébastien Mercier, *L'an deux mille quatre cent quarante*. Londres 1772.

de la temprana edad media, significó un gran avance. ¿Podría hablarse, entonces, de una utopía en la que cada individuo pudiera disponer de tanto dinero cuanto necesitara? Finalmente: la discusión sobre las utopías ha quedado en manos de científicos y filósofos que se ocupan de textos viejos carcomidos por los ratones, y uno que otro texto reciente.³ El capitalismo, en cambio, es discutido por quienes dicen saber algo de economía y quizás hayan leído algún capítulo de *El Capital* de Carlos Marx.

¿Cómo podría tratarse bajo una cobertura adecuada este tan heterogéneo espectro conceptual? Para eso sería necesario disponer de una teoría de la sociedad moderna que pudiera explicar el porqué esta sociedad registra la experiencia de sí misma con nociones como las de capitalismo y utopía. Una tal teoría no está disponible.

Lo único que la sociología ha puesto a disposición es la teoría de la diferenciación, o bajo la especificación de la división del trabajo (Emile Durkheim), o como trágica incompatibilidad en la esfera de los valores u órdenes de vida (Max Weber), o como consecuencia del análisis del sistema de la acción (Talcott Parsons). Con esto lo único que se ha hecho es remarcar el retroceso histórico o, cuando más, la improbable evolución de la situación problemática actual. Se puede hacer el intento de trabajar esta situación con la nueva Teoría de Sistemas y con la teoría de la diferenciación por funciones.⁴ No puedo en este lugar entrar en los detalles de esta teoría. Es suficiente con postular la pregunta de qué pasaría si la semántica tanto del capitalismo como de la utopía fuera descrita en términos de la diferenciación funcional.

En la discusión actual, el "capitalismo" no es ningún concepto económico científico, sino más bien una noción histórico social. Esto significa, por encima de todo, que al hablar de principio y fin del capitalismo, así como de las designaciones intermedias "capitalismo primitivo", "capitalismo tardío", "capitalismo comercial", "capitalismo monopólico", se tienen en consideración aspectos globales, pero los detalles económico-científicos no están claros y se prestan a discusión. Sólo una cosa es segura: estamos en el fin de la época capitalista, signifique esto lo que signifique, desde el punto de vista de la ciencia económica.

³ Véase, por ejemplo, de Wilhelm Vosskamp (comp.), *Utopieforschung. Interdisziplinäre Studien zur neuzeitlichen Utopie*. Tres tomos, Frankfurt, Suhrkamp, 1985.

⁴ Ver *Teoría de la Sociedad*, Niklas Luhmann/Raffaele de Giorgi, México, 1993.

Aunque uno no tuviera ánimo para continuar con esta discusión inacabable de más de 100 años, hay que admitir que el sistema económico de la sociedad moderna manifiesta ciertas características que no se reducen al puro interés económico. Con el concepto de capitalismo se describe la economía diferenciada sobre la base de pagos en dinero. Se habla de "ismo" para subrayar que se trata de una descripción. Esto explica, además, que esta palabra aparezca mucho después de que ya se ha hablado de capital, capitalista, modo de producción capitalista. El capital se necesita para hacer posible la inversión, incluso antes de que puedan obtenerse las ganancias. El capital es necesario, también, para poder establecer un puente que logre resolver los puntos muertos en la capacidad de pago. El capital propio puede ser sustituido en buena medida mediante créditos; y esto se considera en la actualidad como lo más racional, ya que con la sola utilización de los medios propios se perderían muchas oportunidades. El capital, pues, en conexión con la capacidad crediticia, tiene la función de entablar un puente que sirva para salvar la distancia temporal entre los pagos. Esta es la función de los créditos; el negocio de los bancos consiste precisamente en este puenteo. Ellos negocian, como se dice en la actualidad, con promesas de pago en la medida en que, por un lado, prometen financiamiento y, por otro, aceptan la promesa de que les será pagado. El problema, entonces, del riesgo estriba justamente en la distancia temporal de los pagos, y por eso se habla de que los bancos se dedican a absorber y administrar riesgos financieros.

Todo esto sólo puede quedar aquí insinuado. Lo decisivo es que tales estructuras y procesos organizativos sólo pueden desarrollarse en el momento en que la economía ya se encuentra diferenciada sobre la base de pagos en dinero. Los pagos son la base autopoiética de la operación del sistema; y "autopoiético" significa que la operación produce y reproduce las condiciones de su propia posibilidad: el dinero será aceptado sólo bajo el presupuesto de que puede ser, de nuevo, transferido. Cada pago sirve para reproducir la correspondiente posibilidad de pago.⁵ Ya Marx había caracterizado el modo de producción capitalista en la medida en que se trataba de una producción a partir de productos producidos; de aquí la fundamentación de la necesidad del capital y el carácter inhumano y "enajenado" de dicho orden económi-

⁵ Véase más exhaustivamente en *Die Wirtschaft der Gesellschaft*, Niklas Luhmann, Frankfurt, Suhrkamp, 1988

co. Si la teoría de la producción material se describe a partir de los pagos y, por tanto, la descripción del sistema económico se centra en la reproducción financiera, entonces se obtiene una mejor descripción de la dinámica autorreferida y el carácter diferenciado del sistema. (El trabajo, por ejemplo, ya no significa necesidad de reproducción del ser humano; pero sí, para la mayoría, necesidad de refinanciamiento de su trabajo).

Se entiende por sí mismo, que los pagos no se llevan a cabo a placer de la propia voluntad, a excepción de la figura jurídica de "las donaciones" que desde el tiempo del derecho romano levantan sospechas. Más bien se llevan a cabo en el contexto de las transacciones, por tanto en el contexto de un contra servicio, que a su vez es evaluado en términos de costos. El medio simbólico generalizado del dinero y la operación del pago son el motivo y el mecanismo del proceso de diferenciación del sistema económico (a diferencia de la pura actividad económica que, naturalmente, existe en toda formación social). Las estructuras de un sistema tal siempre hacen referencia a transacciones operantes dentro del mismo sistema; ya que sólo con motivo de tales transacciones existe en el sistema la información que puede ser procesada permanentemente: sobre todo la información sobre los precios con la cual la economía decide acerca de la racionalidad (lo que no quiere decir, optimización) de las inversiones, de los presupuestos, de los balances.

Debido a este modo específico de operación, sobre la base de una economía monetaria, la sociedad diferencia a un sistema de funciones dedicado a la economía y permite que el bienestar quede supeditado a la dinámica propia de este sistema. Con esto se descartan todas las explicaciones antropológicas y los conceptos provenientes de una semántica pecaminosa acerca del dinero. Lo que se describe como vicio repulsivo de avaricia o "pleonexia" (ambición) es una consecuencia colateral de la economía monetaria, pero no su motor.⁶ No se trata de un tema para el arrepentimiento ni para el llamado ético, como lo suponen algunas modas inoperantes que surgen de tiempo en tiempo.

⁶ Esto no excluye el presupuesto de necesidad de legitimación, para decirlo en términos de Max Weber, lo que en primer término sólo puede ser obtenido con medios religiosos. Pero la utilización de la religión no constituye ninguna condición histórico social para determinar el surgimiento del capitalismo, sino sólo un efecto colateral. En cambio sería mucho más plausible pensar en el establecimiento de grandes redes de mercado, lo que hubiera explicado este surgimiento.

Nos enfrentamos, más bien, a un problema estructural de la sociedad que es consecuencia de la diferenciación por funciones.

Bajo el concepto de "capitalismo" se tiene una descripción histórica (si bien obsoleta) de la sociedad con un sistema económico diferenciado. Pero este concepto incluye significados colaterales y recriminaciones orientadas a impresionar al sistema político, cuando no, a "revolucionarlo". Si se cambia la conceptualización teórica sobre el capitalismo, de la manera ya mencionada, se experimentarán cambios sustanciales incluso en las disposiciones colaterales. Con esto no se obtiene un juicio más suavizado sobre el capitalismo, como lo suponen sus enemigos ideológicos, ni tampoco su justificación. Más bien sucede lo contrario: el juicio total sobre el moderno sistema de la economía saca a la luz tantos problemas, que elimina cualquier ilusión en el sentido de que esto fuera un mal pasajero.

El discurso clásico moderno sobre el capitalismo nunca ha podido liberarse de la representación de que este es un orden en el que los capitalistas juegan un papel decisivo —si no como personas individuales— que están determinadas, con poca posibilidad de libertad, por el sistema; sí, al menos, como una clase social que el sistema utiliza para su propio provecho. El concepto de "capitalista" ya era corriente, como ya se ha expuesto, mucho antes que se descubriera el de capitalismo. La antigua crítica burguesa de la renta adquirida por los nobles se transfirió, sin ningún tipo de remiendo, a la ganancia y los intereses de los capitalistas; lo que Marx aprovecha para exponer una crítica estructural del capitalismo sin valerse de argumentos morales. En esto hubo que hacer la transferencia de la posesión de la tierra a la industria. De esta manera el punto crucial de aprehensión de lo económico se centró en la producción industrial organizada que, gracias a su estructura jerárquica, fue susceptible de ser interpretada como un orden de dominio y como una disposición vertical de distribución de las clases sociales. Sin duda, en la mitad del siglo XIX, la producción organizada fue un fenómeno tan sorprendente que fue lo que le confirió plausibilidad a la teoría de las clases sociales; mientras que el dinero y el crédito habían sido fenómenos ya conocidos. Consecuentemente el capital y el trabajo pudieron concebirse como oposición (y en el caso de los marxistas que ni siquiera leen a Hegel y a Marx, como contradicción) y, justo por eso, como una forma capaz de encontrar representación política. Esto condujo a la constitución de los partidos socialistas y con ello a una innovación sumamente rica en el sistema político ya

que a partir de estos acontecimientos se cuenta con una diferencia estructural entre partidos políticos organizados y organización estatal.

Si a la teoría del sistema económico se le da un vuelco y en lugar de utilizar conceptos como sistema de producción y sistema de división de clases y se coloca, en su lugar, la teoría de los sistemas autorreferenciales se le despoja al concepto de capitalismo toda su base político agitadora. En lugar de la producción aparece a las espaldas la teoría del mercado; en vez del orden jerárquico de las estructuras organizativas, aparecen las posibilidades de combinación del medio simbólico generalizado, el dinero; en vez de la organización estructurada de la economía, surge el sistema bancario. En lugar de hablar de manipulación y control del sistema, aparece en primera línea las consecuencias de su propia autonomía que sólo reacciona a los estímulos provenientes del exterior conforme a las propias posibilidades de estructura y operación. Se puede fácilmente demostrar, con procedimientos matemáticos sencillos, que el sistema de la economía no es susceptible de cálculo ni externa ni internamente, de tal suerte que se comportara según leyes matemáticas en las que a igualdad de condiciones de partida se obtuvieran, siempre, los mismos resultados.⁷ La consecuencia es que el sistema económico no puede ser planificado, sino que evoluciona: evidentemente que se puede llevar a cabo en él planeación, pero ésta sólo puede influir en el estado histórico momentáneo, ante lo que el sistema reacciona evolucionando. Esto concuerda con la experiencia de que las decisiones racionales económicas presuponen proyecciones específicas, cálculos etc.; pero que esto, a su vez, en el otro lado de la forma, presupone un mercado intransparente y sólo observable en pequeñas parcelas —ya se trate del petróleo, de libros viejos, de computadoras o de mercados financieros.

Los problemas corrientes que pertenecen a este sistema es que a pesar de que opera racionalmente, produce desigualdades: por ejemplo, tiene más facilidad de obtener crédito quien ya dispone de patrimonio o de seguridades que puedan servir de garantía. A esto se añade una cantidad inmensa de problemas: montos considerables de capital disponible que no encuentran fiador confiable. El resultado: la inversión se espanta debido a que no tiene capacidad de calcular los riesgos. La

⁷ Ver en el contexto de la diferencia entre máquinas triviales y no triviales, a Heinz von Foerster, *Wissen und Gewissen. Versuch einer Brücke*, Frankfurt, Suhrkamp 1993. Y sobre todo su ensayo *Das Gleichnis vom blinden Fleck*, en el libro compilado por Gerhard Johann Lischka: *Der entfesselte Blick*, Berna, 1993.

consecuencia de todo esto es una especulación ingente de dinero, cuya cantidad diaria supera en diez veces la cantidad disponible para el pago de cuentas. De eso se sigue no sólo la inseguridad de la economía con respecto a la regulación de las divisas, sino también de los planes políticos de desarrollo ya que el dinero con que se contaba no podrá ser invertido. La economía produce, para decirlo de una manera compacta, por razón de su propio proceso autorreferencial en el medio del dinero y por razón de su clausura operacional, una dinámica propia que la política no puede controlar y ante la que la economía misma sólo puede reaccionar a posteriori. El sistema, para decirlo de otra manera, debe referirse siempre en todas sus operaciones al estado histórico momentáneo: de aquí que sea incalculable. Este tipo de turbulencias están muy por encima de las dimensiones del problema de la correcta distribución del ingreso que pudiera obtenerse mediante un bienestar controlado estatalmente; de aquí que no es posible visualizar que una revolución pudiera cambiar todas estas premisas básicas. Más bien lo que se avizora son catástrofes que pudieran resultar de un desplome de la producción que depende del financiamiento y de la economía de la transacción.

Entonces la pregunta importante es ésta: ¿Cómo se comporta el sistema político junto a un vecino tan incómodo? Mi respuesta: echando mano de las utopías. Existen otras formulaciones como contestación a esta pregunta: muchos hablan, en relación al libro de Murray Edelmans, *Politics as Symbolic Action* (1972), de política simbólica. Nils Brunsson distingue entre *política de acción* y *política de conversación*, en su libro *The Organization of Hypocrisy* (1989), en referencia a estudios que se hicieron sobre la burocracia sueca. Estas calificaciones pueden sustituirse por algunas características utópicas de la política.

La utopía política que hace posible la convivencia entre sistema político y económico, bajo condiciones de diferenciación por funciones, lleva el nombre de *economía social de mercado*. Expresada en términos políticos esta fórmula lo que quiere decir es que los objetivos del capitalismo y los del socialismo se pueden realizar en la fusión de un sólo sistema. La diferencia con respecto a la tradición en que fue concebida la utopía, es que esta intención política no se deja reconocer como utopía. Esta fórmula mixta no se considera una pantalla de contraste enfrentada a la política real, gracias a la cual pudiera ejercitarse la crítica, o la propuesta de las reformas. Se trata, más bien, de un componente de la autodescripción del sistema político. Pero justamente

en ello estriba en la actualidad la utopía: la utopía política no puede presentarse a sí misma en calidad de utopía, sino sólo como punto ciego de operación, como condición de observación política que, en la política misma, no puede ser observada.

Esta fórmula utiliza la pluralidad de significados semánticos de la palabra *social*. Por un lado, todas las comunicaciones que la sociedad reproduce, son operaciones sociales: las prácticas más rudas del mercado, el pleito a puñetazos en el patio de la escuela, las presiones de la mafia, las extendidas aclaraciones de prensa de los centros políticos. En esa medida la fórmula *economía social de mercado* es sólo una tautología, ya que toda operación que se efectúa en el mercado es social. La palabra social, no obstante, denota el lado amable, la toma de posición positiva frente a los seres humanos. Esta constelación dulcificada del significado es herencia de una tradición moderna que utilizó lo social en términos morales; y a la moral, sólo bajo la perspectiva del mejor de sus ángulos. Si se analiza con austeridad, la fórmula economía social de mercado denota lo siguiente: la tautología es bondadosa y puede ser interpretada junto con el pathos libertario del liberalismo. Con la ayuda de esta ambigüedad semántica la utopía política de la economía social de mercado se presenta como una fórmula velada y con ello puede reducir esfuerzos (o postergarlos) con respecto a la solución de los problemas diarios de los verdaderamente afectados.

El título exacto de la Utopía de Tomas Moro fue: *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia*. Con la palabra óptimo, Moro hizo uso de una formulación de moda en el renacimiento. Debido a la historia particular del género literario de la utopía y de las condiciones bajo las que se desarrolla la política actual, no es posible utilizar el género utópico. Nadie emplearía, en la actualidad, la fórmula política de lo óptimo. Se necesitan, en lugar de dichas fórmulas, nuevas formas de ilusión con tal de que queden veladas en la realidad. Se pueden encontrar muchos ejemplos, en el sistema político, para ilustrar lo anterior.

Normalmente, los políticos consideran que los financiamientos que se hacen desde las arcas públicas son acciones políticas –no importa si el dinero se ha financiado mediante impuestos o créditos– y esperan que los efectos benefactores sean imputados a su política. A esta toma de posición corresponden honores que surgen a la par de las expecta-

tivas: a toda aparición de un político va ajena la esperanza de que lleve, consigo, al menos la promesa de dinero. Las crisis financieras, al reducir la posibilidad de los pagos, angostan también la actividad política; lo que da por resultado, en el caso típico, el que los políticos se esfuercen por encontrar fuentes adicionales de financiamiento.

Esta exposición anterior requiere de una corrección desde el punto de vista de la Teoría de Sistemas. Los pagos son siempre operaciones autopoieticas del sistema económico, ya que el dinero es un medio exclusivo de dicho sistema. No hay ningún pago que se efectúe fuera del sistema económico, ya que cada financiamiento es producto de pagos anteriores que reproducen la capacidad de financiamiento. La identidad de estos pagos se adquiere sólo en la red recursiva de operaciones en el sistema económico; y esto independientemente de los motivos que se hayan tenido para operar dicho financiamiento. Los motivos pueden ser políticos y cuando hay razones para comunicarlos, sólo eso se convierte en operación política. Este es un caso claro de acoplamiento estructural puntual entre sistema económico y político, pero que, enseguida, se disuelve. Cómo deba compensarse la pérdida del dinero, cómo deba obtenerse la ganancia es una cuestión que sólo se decide en el sistema económico. En cambio, los honores que deban rendirse a las acciones motivadas por los políticos, es algo que se decide sólo en el sistema político. Únicamente el sistema político tiene el problema (y esto con todo derecho) de no contar con el agradecimiento, y que los efectos negativos políticos surjan cuando no hay capacidad de financiamiento, es decir, que no se invertirá tanto como se desea o, cuando menos, que el financiamiento no alcanzará a cubrir todos los efectos políticos. De este mecanismo cobra impulso, para crecer, (y esto escrito sin ironía), el Estado Benefactor; de aquí que no debería sorprender que este arte de hacer política encuentre en los esfuerzos de apropiación de las iniciativas privadas una especie de mecanismo corrector.

No obstante, esta forma de hacer política, desde la perspectiva política, se considera exitosa. Para ello se sirve de las ventajas de la imputación causal. Sin duda: la imputación causal, como ya se ha demostrado en la ciencia jurídica, en la investigación socio-psicológica y en la ciencia económica, es siempre una construcción que selecciona un espectro de causas y efectos, entre innumerables posibilidades. Pero esta selección no puede ser hecha a placer, son necesarias las acciones. De aquí que lo que aparece, a primera vista, es que el financiamiento

debe ser adjudicado a quien efectúa el pago. Quien frente a este hecho se atreva a proclamar que quien financia, en verdad, es la *economía* tiene pocas oportunidades de ser tomado en cuenta.⁸ Y esto es válido, en mayor medida, en una sociedad que orienta la opinión pública mediante los medios masivos de comunicación, los cuales, a su vez, deben informar: es decir, están necesitados de procesos simples de adjudicación. La política se aprovecha, pues, de una atribución causal muy específica y de medios masivos de comunicación que en sus operaciones están muy limitados, para lograr que los financiamientos se imputen a la política; o también puede utilizar la recriminación de que no se ha invertido lo suficiente: lo que desencadena, para encontrar una solución, una posterior comunicación política.

Además de este contexto formal entre economía y política existen, como siempre en donde hay diferenciación de sistemas, innumerables acoplamientos estructurales en los cuales hay una irritación mutua y descarga de problemas. Esto no es sólo problemático en relación con la política y la economía en el sentido de política impositiva o creación de dinero mediante endeudamiento estatal. Tampoco se trata de un problema en el que la economía esté caracterizada por ser el sistema que se encarga de los *bienes públicos*. Esto es más bien un problema de crecimiento económico del que se espera un aumento de bienestar y que ya se ha hecho costumbre que, en tiempo de recesión, o en reestructuraciones de la economía se requiera de la ayuda política. La política, entonces, decide: yo lo puedo hacer. Emprende el vuelo, por tanto, hacia la utopía.

Este emprender el vuelo hacia la utopía, no es exclusivo de los gobiernos en turno que mediante el ejercicio administrativo tratan de llevar adelante decisiones colectivas vinculantes. Vale también, y en mayor medida, para la oposición, para la política de los movimientos sociales, y para toda aquella política de deseos —para todos aquellos que tienen como *leit motiv*: podemos, porque queremos. La utopía

⁸ “No son los pagos los que llevan a efecto el que se pague, sino son los seres humanos”, se lee en Josef Wieland, *Die Wirtschaft als autopoietisches System*, Delfin Nr. 10, 1988. Y esto se dice como si se tratara de una verdad firme. No debería sorprender que en teóricos de la acción como Max Weber exista un gran escepticismo respecto a que la imputación esté referida a causas originales valederas —como si la toma de posición respecto de la acción, en calidad de concepto madre de la sociología, pudiera ahorrarles a los sociólogos esfuerzos por encontrar cadenas causales suficientes. Baste con adjudicar al Weber jurista el haber encontrado un *quiebre* en la cadena causal de las acciones legales.

política es, pues, la forma mediante la cual la no planificación de la sociedad encuentra asilo en el sistema político.

Aparecen, entonces, en el sistema político estrategias paradójicas que crean nuevos problemas. Aquí baste con mencionar algunos ejemplos drásticos: Primero, la política bloquea el mercado de trabajo en la medida en que prohíbe que los salarios queden liberados; por tanto que los salarios puedan caer. En lugar de esto, promete la creación de plazas de trabajo que, a su vez, deberán ser pagadas mediante salarios; los cuales, de nuevo, sólo pueden ser refinanciados en el sistema económico. Segundo, la política estimula producción que no existe en el mercado, ayudándose de la subvención; y esto debido a que los mercados por sí mismos han rechazado la planeación de la inversión productiva en dichos campos. Tercero, la política subvenciona a los países en desarrollo (salarios bajos), pero prohíbe la importación proveniente de dichas naciones, con el fin de mantener los puestos de trabajo en su propia casa.

Esta caracterización extrapolada no debería mal entenderse como un *plädoyer* de política liberal de *laissez faire, laissez aller*. En la sociedad moderna no habría lugar para ello, ya que la diferenciación por funciones debido a la gran especialización y autonomía urge que los sistemas estén fuertemente acoplados. Más bien se trata de la pregunta de cómo los acoplamientos estructurales, en sistemas autopoieticos clausurados operacionalmente, repercuten internamente en cada sistema. Justo la comunicación velada de la utopía parece ser una de esas fórmulas exitosas para el sistema político.

Por último se puede proponer la pregunta de si este tipo de análisis pudiera extraer consecuencias para el moderno sistema de la sociedad. La Utopía de Moro fue un modelo social, pero no una teoría del Estado en sentido actual. La discusión sobre el capitalismo sacó conclusiones sobre toda la sociedad a partir de la caracterización de la economía dineraria. En ambas versiones lo que se pretende es incluir en el bienestar a la población. Al final de este siglo y frente a los problemas actuales, se empieza a dudar acerca de si conceptos normativos o centralizadores son todavía operantes —y esto independientemente de que uno, como antes, quisiera que a todos los seres humanos les fuera bien.

Si se describe esta sociedad como un sistema omnicompreensivo diferenciado por funciones, sortea uno la tentación de encontrar un centro que fuera el garante del bien. En lugar de esto nos ocupa una

pregunta mucho más realista: cómo se comportan los distintos sistemas entre sí, cuando se trata de que cada uno proteja su modo de operación, su autonomía, su especificación funcional. Dado que ningún sistema de funciones puede operar dentro de otro, sino que cada uno puede reproducir sólo sus operaciones bajo la propia condición de clausura, los acoplamientos estructurales entre los sistemas sólo pueden funcionar si se respetan sus respectivas autopoiesis. Cada sistema puede ser irritado por otro, pero no determinado; cada sistema tiene que producir su propia información con el fin de poder aprehender y procesar tales irritaciones.

Esto puede producir una lógica paradójica en cada uno de los sistemas: una especie de aconsejar, por un lado, a través de una fórmula válida un modo de operación; pero, por otro, conservar la fórmula opuesta. Naturalmente, esta paradoja no debe aparecer como paradoja, no puede convertirse en tema. Esto puede resolverse en la medida en que para cada caso particular, por ejemplo crear plazas de trabajo, se logre una comunicación exitosa. Esto acontece gracias a un componente utópico en la comunicación. En la constelación actual es difícil prever si esto pudiera acontecer de otro modo. No es posible establecer pronósticos, aunque la política debe contar con una tendencia a la pérdida de la credibilidad, a la que debe hacer frente. Los análisis sociológicos no pueden aportar disposiciones concretas. Pero sí pueden ayudar a comprender que conceptos como el de *capitalismo* y *utopía* ya no son suficientes para aferrar los problemas de la sociedad moderna.